

en un mutante extraviado entre la infancia y la vejez.

En la habitación de Virginia Woolf el personaje pasa las noches frente a una hoja de papel en blanco, imaginando historias con unicornios, nubes y flores, mientras de la calle llega el sonido de ráfagas de ametralladora, disparos secos y el aullido de las ambulancias, "y mientras guarda la hoja blanca y el lápiz sin usar, piensa que así debe ser la vida de los poetas en Beirut". De nuevo se trata de la obsesión por la posesión del libro único: ahora el libro famoso es una edición única del Quijote: "Yo tenía tres antiguos deseos a los que había renunciado casi al momento de formularlos: asistir a un concierto de los Rolling Stones, acostarme con Nastassia Kinski, y poseer un ejemplar de la primera edición de El Quijote. Ahora, uno de esos sueños imposibles se materializaba ante mí".

Los papeles de Juan de la Cuesta es un relato memorable desde su mismo comienzo: "Así como los ingenuos necesitan de los pícaros y los inteligentes buscan a los estúpidos...".

En *Al lado de Clint Eastwood* se narra la historia del joven bogotano que imagina que lleva siempre a su lado, como ángel guardián, a su héroe de la pantalla.



Lo que más me ha llamado la atención en estos agradables relatos es el asombroso manejo del diálogo. Pro-

pongo al lector dos breves ejemplos ilustrativos:

—¿Anda con ese tipo?

—Es el amigo de Patricia.

¿Algo malo?

—No. Sólo que es un completo imbécil.

—A usted todo el mundo le parece un imbécil —dijo ella—, dándole la espalda.

* * *

—Usted está muy rica —repitió él.

—Sabe qué —dijo ella, enfrentándolo—. Yo no soy un bizcocho.

—Carajo, no me diga que usted es de esas locas feministas.

—No, hermanito. Yo solamente soy yo.

* * *

Me pregunto qué le hace falta a este libro, al que pocos reproches puedo hacer. Siento que de alguna manera el autor está cercano a las puertas de la excelencia, y que al mismo tiempo tiene que descubrir la llave perdida. Aprecio su sobriedad, así como aprecio a escritores retorcidos. Pero advierto alguna carencia. La respuesta a este enigma es algo complicada. Acaso el problema esté en los temas. Es cierto, como señala Cortázar, que hasta una piedra es interesante cuando de ella tratan un Chéjov o un Sherwood Anderson. Pero también es cierto que es mejor escribir acerca de una piedra preciosa o una piedra lunar, o sobre la piedra que trae un hombre del futuro, que sobre una piedra cualquiera. El problema, creo yo, no está en el escritor. Rubiano Vargas muestra a las claras que tiene talento y que, si tiene alientos y un gran tema, condiciones no sencillas de llenar, es capaz de una obra maestra, de un *thriller* inolvidable. La dificultad está, me parece, en una moda, en una convención reductora que nos limita y empobrece. En los últimos tiempos se ha vuelto evangelio que el escritor debe renunciar a las grandes pretensiones, porque, se nos dice, ya no hay lugar para la gran novela; debemos darnos por satisfechos con que haya libros. Hoy, la brevedad manda. La vida vuela y nadie tiene tiempo para leer largos libros. La brevedad puede ser también una respetable

opción estética, pero creería más en ella si los editores no la tuvieran en cuenta. Un Proust, se nos dice, es hoy inaceptable. Yo, sin embargo, sigo viendo gente que lee a Proust. Esta posición claudicante, algo mendicante, se basa en las estadísticas y tal vez en el miedo a la desaparición de un oficio. ¿Y qué le vamos a hacer? El escritor tiene que atreverse a escribir lo que le salga, así nadie lo lea, así los editores rechacen todo lo que pase de cien páginas. No importa que el papel hoy sea más costoso que el talento. Presumo que este escritor tiene mucho que decir, si se atreve y le interesa transgredir los prejuicios de su tiempo, si pasa de Dashiell Hammett a Proust y de Chapinero al universo, o si consigue la magia, en alguna página memorable, de que Chapinero sea el universo.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Por fin para muy poco

Epífanos. Las semillas del tiempo

Juan Carlos Botero

Editorial Planeta, Santafé de Bogotá, 1992, 295 págs.

Es extraño encontrar clásicos en la literatura, si por clásico entendemos a alguien que no ha publicado más que pocos cuentos en periódicos locales y de quien se ha escrito y se habla como una figura en la literatura joven del país.

Ahora Juan Carlos Botero publica su primer libro. Enfrascado en el problema de rescatar "una alternativa literaria, fresca y exigente" inventada, según él, por Ernest Hemingway, perdida en el olvido y bautizada por Botero como "epífanos".

Se pregunta uno: ¿no es el oficio del escritor expresar; resolver un mundo que tiene adentro y dejarlo impreso? El reto consiste en tener el coraje y la disciplina para narrar, para transcribir. Esto, unido al talento y la apreciación que logre transmitir con las palabras, es la suma para un buen libro. Varios libros, o uno que excepcionalmente resu-

ma todo esto, forman un escritor. No es escritor quien no haya sido leído. Sólo lo publicado es parte del mundo de las letras.

Botero se enreda en el hecho de haber creado un sistema literario; o de haberlo rescatado, da igual. Se limita. Su posibilidad de expresar se ve frenada por conservar algo —un molde— que ni siquiera es un método de trabajo, sino que se impone a sí mismo como único medio para expresar sus ideas.

Montaigne no se sentó a escribir pensando cómo inventaba el ensayo en la literatura, ni Cervantes, como lo cita Botero, pensó en inventar la novela moderna. Estaban en el oficio por el placer del oficio.

Un premio literario no necesariamente consagra a su ganador como un buen escritor. El problema de los géneros es un problema para profesores. Los académicos y los críticos son quienes, decenios o siglos más tarde, clasificando el conjunto de obras y autores, inventan los géneros literarios.

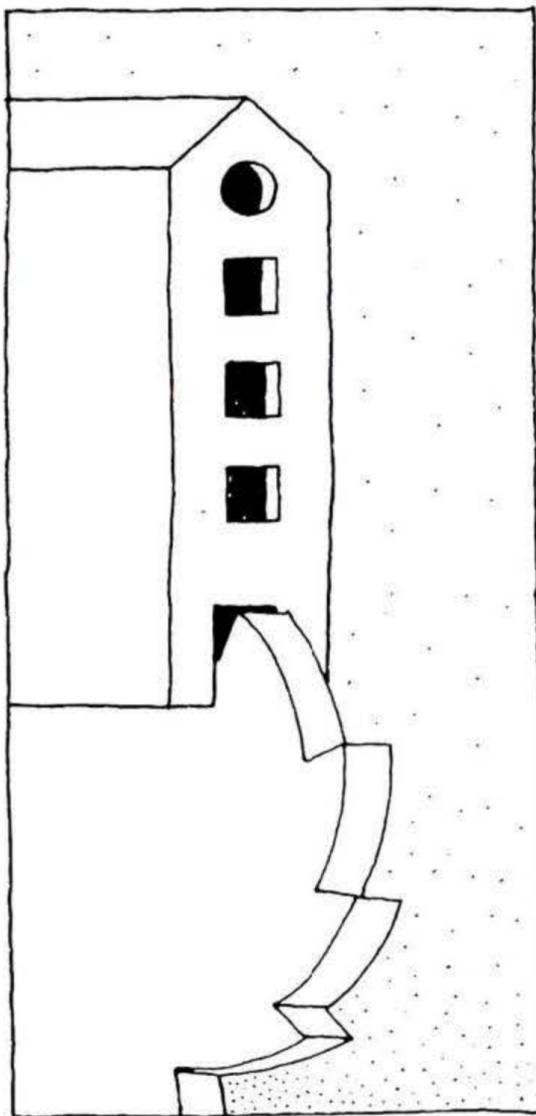
La literatura es una tortura para quien se dedica a ella. Un autor es esclavo de sus intentos. Los fantasmas de su vida van impresos en el papel encuadernado. Impresos, no lo abandonan jamás y están fijos hasta el final. Aunque para algunos es "fácil" escribir, me refiero en términos de tortura al oficio de las letras: al escritor sus obsesiones lo llevan a la soledad, a la neurosis, al destino íntimo del oficio más solo de la tierra. La farándula no provoca hechos imprescindibles en la historia del arte.

Las anécdotas, más sangrientas que otra cosa, de este libro no pasan de ser un ejercicio de taller. Dejan ver una disciplina de trabajo como tarea de un estudiante aplicado, con la necesidad imperiosa —y superflua para el lector— de hacer notar todos sus conocimientos y sus habilidades como traductor: "la traducción del original es mía".

Umberto Eco, en su libro *Apostillas a El nombre de la rosa*, dice: "El autor no debe interpretar. Pero puede contar por qué y cómo ha escrito. Los llamados escritos de poética no siempre sirven para entender la obra que los ha inspirado". Aunque Botero explica en su epílogo que no se trata de un texto complementario a sus "epífanos" y que

no pretende explicar nada sobre su libro, acaba haciéndolo. "Nuestra investigación" —como la llama— termina como una explicación grandilocuente y reiterativa. La literatura causa bien como causa mal. Alguien con la disciplina de Juan Carlos Botero, con el destino que le espera, debe estar atento a qué publica.

JUAN SIERRA



Ejercicios de posmodernidad

Caravana

Boris Salazar

Centro Editorial Universidad del Valle, Cali, 1992, 111 págs.

El mejor relato de *Caravana* se titula *Los lunes contábamos historias*. Es la declaración de inocencia que una inmigrante ilegal en Nueva York dirige

a su abogado. La muchacha refiere algunos detalles de su vida simple en cuartos de alquiler y de su no menos simple trabajo en una sombría fábrica de confecciones. Esa simpleza, ese tedio, alienta la imaginación de las obreras que, los lunes, a la hora del almuerzo, se reúnen para contar sus maravillosas aventuras de fin de semana: los galanes que seducen, las discotecas que visitan y las hazañas sexuales que protagonizan. No pasa mucho tiempo antes que la muchacha advierta la pobre verosimilitud de aquellas historias, sus contradicciones y exageraciones; tampoco pasa mucho tiempo antes que ella misma intervenga con una historia hecha de detalles precisos y de sabios suspensos. Así se enteran las obreras de su amor por un periodista que ha visitado la fábrica recientemente en busca de un reportaje, de sus paseos tomados de la mano, del idílico beso que nunca llega y, también, de la aparición de otra mujer, del sentimiento de traición que inspira y del subsiguiente crimen pasional. El cuento termina con la muchacha convenciendo al abogado de que aquello no es más que una historia y de que nada tiene que ver con el hallazgo del periodista asesinado en un hotel de tercera clase.

El relato ilustra el gusto contemporáneo por una literatura que desvanece los límites entre la realidad y la imaginación de sus personajes o, lo que viene a ser más o menos lo mismo, que enlaza sus historias como si fueran una serie de muñecas rusas. Su virtud, sin embargo, no se debe al ejercicio de estos rasgos que caracterizan la preceptiva de nuestros días —después de todo, nada hay de notable en ejercer "el posmodernismo" así como hace veinte años se ejercía "el realismo maravilloso"—. Su virtud, digamos, se debe más bien a algo muy simple: al equilibrio que el autor guarda entre la anécdota básica de su relato y los medios de que dispone para contarla. Así, pues, a medida que la muchacha refiere la historia a su abogado y reflexiona sobre ella, el lector puede apreciar la forma en que se compone un relato, la importancia que la muchacha atribuye a ciertos detalles y la transformación que esos detalles sufren en su imaginación: